Francisco José Pérez Bravo "El Bolo"

UNA FILA DE TRES

Creo que ya pasaron los años en los que dejé de ver la fiesta como 5 días de desenfreno, jolgorio y diversión a raudales, para centrarme en todo lo que envuelve esos 5 días y los hace especiales. Con el paso de esos años veo las fiestas desde otro punto de vista. Busco nuevos detalles, curiosidades y todo aquello que desconocía o que me sorprende por alguna razón.

Hace unos meses fui atando cabos sobre algo de lo que pocas personas harán apreciación, ya que al fin y al cabo, se trata de un detalle personal que une a tres familias de festeros en un año como este.

Para ello, para conocer cual es este detalle y porque me parece interesante, deberíamos de remontarnos al ya lejano año 1973.

En 1973 Estados Unidos abandona Vietnam, en Chile, Augusto Pinochet derroca el gobierno de Salvador Allende, en España comienza el "*Proceso 1001*" contra miembros del sindicato clandestino Comisiones Obreras. Mueren Pablo Picasso, Pablo Neruda, John R. R. Tolkien y Luis Carrero Blanco, y mientras tanto, en Villena, la comparsa de Moros Viejos tiene un nuevo socio, **Francisco Abellán Pérez**, el "*Quillo*".

El Quillo ese primer año va a desfilar con un traje que le presta Francisco Pérez Gómez, *el Bolo*, socio de la comparsa de Moros Viejos desde el año 1964 y que por su amistad con Quillo, le ha convencido para que se apunte a la comparsa.

El primer día en el que el Quillo se prueba su traje de Moro Viejo, en casa de la suegra del Bolo, hay otro festero, otro Moro Viejo, Francisco Prats, el más veterano de los 3, socio de la comparsa desde 1950 y gran amigo de los dos anteriores.

No cuesta imaginar la estampa, tres hombres hechos y derechos riéndose, bromeando, pasando de mano en mano la ropa que conformaba ese traje de Moro Viejo, las indicaciones del orden de colocación de las prendas, subiendo las gomas de los bombachos hasta donde pudiera parecer ridículo

para soltar alguna carcajada más, el sol del atardecer entrando por las lamas de las viejas persianas de madera que iluminaba las paredes encaladas de la casa, el sonido del piar de las golondrinas sobrevolando la calle, el calor de Agosto haciendo sudar a Quillo cuando la camisa de raso abrochaba su último botón, bromear con el tamaño de su cabeza cuando le colocaban el gorro y finalmente el silencio, el silencio al ver a un nuevo Moro Viejo, totalmente uniformado, a menos de un mes de su bautismo festero.

Puedo recordar, como si de un sueño se tratara, la habitación de la casa donde discurrió ese momento, sus paredes encaladas, dejando entrever las siluetas de las piedras que las conformaban, el sonido de la persiana de madera de la entrada bailando con la brisa, chocando contra el portal, el suelo de baldosa, el sonido terroso del caminar sobre ese suelo

embaldosado y cubierto de un poco de tierra que la brisa dejaba entrar, el escalón que llevaba del salón a la habitación, los rayos de sol, el calor y recordando mucho más, las voces del Bolo y del Quillo, sus risas, sus gestos, las coletillas que les hacían diferentes.

Este próximo Agosto, treinta y nueve años después, el sol del atardecer iluminará de nuevo la calle donde esto ocurrió, todo parecerá igual, aunque si situamos en el mismo lugar la acción, habrá cambiado el decorado, la escenografía, la puesta en escena y lo más importante, los personajes.
Treinta y nueve años después, ninguno de nuestros personajes podría representar esta escena, lamentablemente, las personas pasan, el escenario permanece, en este caso, han pasado las personas, ha cambiado el escenario, aunque, pasados los años, sobrevive el espíritu y los colores de un traje, ese traje de Moro Viejo que pasó entre sus manos ese día.

No me gusta utilizar el verbo fallecer, mucho menos el morir, siempre me decanto por el marchar o dejar, pero siendo esta una publicación festera, por qué no tratarlo como un "dejar de desfilar".
El 29 de Mayo de 1977, Francisco Prats, el de 5 de Marzo de 1999, Francisco Abellán El Quillo, y el 1 de Mayo, de ese mismo 1999, Francisco Pérez El Bolo, tres Franciscos, tres Moros Viejos, dejaron de desfilar en su comparsa, las tres personas que representaron la escena, dejaron sus trajes colgados en el armario, lavados, planchados y a la espera de poder ser nuevamente vestidos sin que ese momento llegara jamás.

Este **5 de Septiembre**, como todos los 5 de Septiembre desde que dejaran de desfilar, habrá alguien que se ajuste su faja, quien se abroche su camisa, quien busque colocar su media luna alineada con su nariz y sienta, en ese momento, una ligera sensación de que alguien le corrige o le guía para que todo quede perfecto, esa sensación de que alguien está junto a él, esa sensación que, en mi caso, noto todos los años como si de algo ineludible y de un paso más en nuestro día 5 fuera, su presencia, la presencia de quien tantos años se encargó de estos pasos.

Pongámonos en esa sensación tan alejada de una metafísica real, de lo que puede o no puede ser, pero del mismo modo, ciñámonos a la creencia, a lo que nos cuentan o lo que queremos creer, o mejor aún, pensemos por un momento, ¿no ha sentido esa sensación que he comentado jamás?, ¿no notamos esa extraña sensación cada día 5?.
Puede que cada uno de los hijos o nietos de estos tres festeros, tenga esta sensación este día 5, por separado, cada uno su propia sensación, su propia presencia, allá donde decidan vestirse. Imaginemos que, como un regalo, estos tres festeros tienen el permiso de venir a visitar a sus familiares y ver cómo siguen las premisas que en su día marcaron. Les ven uniformarse, salir de casa, andar hacia la Losilla, formar y desfilar, les acompañan, recuerdan como fueron sus días 5, se aferran a su presencia junto a ellos para revivir lo que tantos años disfrutaron.

Imaginemos que estos tres festeros sólo pueden ver por los ojos de quien acompañan, que su percepción en este permiso físico se limita a lo que pueda ver su familiar, a sus sensaciones y a lo que le rodea.

Si es así, si queremos creer en ello y si pensamos que es posible, si cada uno de estos tres festeros acompañan a alguno de sus herederos en la fiesta, treinta y nueve años después Prats, Quillo y Bolo, este día 5, volverán a desfilar juntos como lo hicieron, por primera vez en aquel 5 de Septiembre de 1973.

Este año, Francisco Prats verá vestirse a su hijo Tomás y a su nieta Geno, estará junto a ellos, sin que ellos lo sepan, les indicará cómo

UNA FILA DE TRES

colocarse los manguitos, abrochar el delantal o colocarse el pantalón, les acompañará y formará junto a ellos.

El Quillo, estará junto a su hijo Francisco mientras viste a sus nietos Iker y Dani, escuchará las quejas de los dos niños cuando la camisa de raso se les pegue a la piel, cuando tenga que apretarles el delantal, cuando les ate el nudo de la faja, les acompañará y formará junto a ellos.

El Bolo, notará, como otros años, el nerviosismo de su hijo Rafa antes de ponerse al frente de su bloque como cabo de los Moros Viejos, coger su gumía, cruzar su cartera

por debajo del delantal, colocarse su mochila con el "chincheteado" del nombre que le hace conocido, El Bolo, agarrar de la mano a sus dos nietos, les acompañará y formará junto a ellos.

Cuando este año el cuarto bloque de la comparsa de Moros Viejos esté formando, cuando la ligera brisa comience a hacer bailar las plumas de los turbantes y el bloque comience a tomar forma, tendremos una primera fila y un cabo que la encabeza.

En esa primera fila estará Geno Prats y Tomás Prats, nieta e hijo de Francisco Prats, como Madrina y Capitán de la comparsa, Iker y Dani Abellán, nietos del Quillo, como Capitán y Alférez infantil, y delante de ellos, Rafael Pérez, El Bolo, hijo del Bolo, como cabo de ese bloque.

Justo en ese momento, en el momento en el que empiece a sonar el pasodoble "*150 años de Moros Viejos*" y el bloque comience a marcar el paso, cuando la alegría se desborde, Francisco Prats, El Quillo y El Bolo, que acompañarán a sus hijos y nietos, mirarán a su lado por los ojos de quien acompañan, verán a los familiares de sus amigos, verán su herencia y se verán a ellos, verán de nuevo a su amigo Prats, a su amigo Quillo, a su amigo Bolo, se sentirán de nuevo unidos, formados uno junto al otro, siguiendo el ritmo, braceando codo con codo, se separarán de sus familiares y formarán delante de ellos en una fila de tres, en una fila que tantos y tantos años llevaban deseando volver a formar y seguirán el ritmo, avanzarán a la orden del cabo, marcarán el paso y recorrerán nuevamente las calles de su añorada Villena.

Verán cómo la serpentina se enreda en sus botas, cómo la brisa agita sus plumas y sus pantalones, se girarán y se mirarán a los ojos, recordarán todo lo que vivieron juntos y lo felices que fueron en cada uno de sus días 5.

Al terminar el desfile mirarán a sus familiares, les acariciarán las caras y volverán a mirarse entre ellos tres, secarán sus ojos llenos de lágrimas, sonreirán y se abrazarán, se mantendrán abrazados mientras que la música suene, cada vez más fuerte, recordando todo lo que les unió, hasta que quien les dio el permiso para vivir este momento junto a sus familiares, decida devolverles a su sitio, a ese sitio que todos tenemos reservado en la eternidad y del que regresarán todos los días 5 para volver a acompañar a sus herederos, a los Moros Viejos que hicieron nacer.

Dedicado a las familias de estos tres festeros, entre quienes me encuentro, y en especial a todos aquellos que creen, y saben, que esto ocurre cada día 5 donde hay un festero y el recuerdo de otro que "dejó de desfilar".